

POLO DE MEDINA, SALVADOR JACINTO (¿1607 – 1657?)

SILVAS

I

A un galán que hizo un vestido de terciopelo de una gualdrapa.

El vulgo bachiller y maldeciente,
de quien nadie se escapa,
va diciendo, Damón, que te has vestido
de un no sé qué que fue, si no me olvido,
terciopelo, sin él, de una gualdrapa;
que en tu persona regresó sin bula,
por deudo de un canónigo, la mula.

Si algún médico grave
está sin mula, y sabe
el vestido metáfora que has hecho
(hablo del terciopelo,
o por mejor decir del gualdrapelo),
el sagaz sustituto de la muerte
al punto, como Alcón, vendrá al señuelo,
que en sólo tu persona, ingenio y capa,
tendrá mozo galán, mula y gualdrapa.

Si en calles o en jardines
te encuentran los rocines,
(como a sus hembras suelen)
relinchan, corren, llegan y te huelen;
pero como a su amor no correspondes,
medroso huyes y veloz te escondes;
mas lo haces de manera
que al punto tu fragancia los altera
y des que te vestiste,
no te ve garañón que no te embiste;
y alguno de ellos, de tu honor padastro,
te sigue por el rastro
con errado coturno,
y a tus umbrales rui señor nocturno,
con voz que al más valiente despeluzo,

presume que te canta, y te rebuzna.

Si la gualdrapa, madre de tu ropa,
escoba al polvo fue, y al lodo sopa,
la misma penitencia
te dejó por herencia,
pues donde quiera que la planta aplicas,
de pajas, polvo y lodo te salpicas:
de suerte que tu capa
no nos puede negar hoy que es gualdrapa.

La ancianidad raída, o nueva gala
de la mular librea
que tu persona arrea,
tan vil fragancia exhala,
que la nariz presume
que es del antiguo estado algún perfume;
y tanto olor expeles
siempre por donde vas, que llevar sueles
(el narigal reclamo que les hizo
el ámbar gris pajizo)
un grueso batallón de mil muchachos
que en perseguirte pertinaz se ensaya,
dándote la vaya
en la forma que el como a los borrachos;
y en lugar de llamarlo caballero,
dicen por excelencia: «El gualdrapero.»

Título merecido
por tu galán vestido.
Otros más socarrones,
desde algunas esquinas o cantones,
con tono que tu oreja atemoriza,
te llaman por tu olor caballeriza;
de suerte, que arrogante, ufano y loco,
aprisa y poco a poco,
para civil gobierno de una noria
garnacha puede ser y ejecutaría,
y puede tu persona
la cátedra obtener de una tahona;
y por la dignidad que te redunda
de ese vestido antiguo, que algún día
de un guardapolvo y funda
a la mula canónica servía,
que puedes pretender, es cosa clara,
la prebenda mular de una almazara;

que esa galla pollina
a tan felice acción te predestina.

II

A un galán, que se arrimó a la mula de un coche de unas damas, y le ensució.

Si creyeras, Liseno, mis verdades,
no olieras de la mula suciedades;
oféndesla atrevido,
y vengando su agravio te ha escupido:
grande ha sido su enojo,
pues te miró, Liseno, de mal ojo;
y mucho es su tormento,
pues lágrimas le cuesta el sentimiento;
más de cólera y rabia,
por vengarse ofendida a quien le agravia,
descargando su pecho,
a todos de su agravio ha satisfecho.

Mal de ojo la hiciste,
más ella se ha vengado,
pues mayor mal de ojos te ha causado.
¿Quién te metió, Liseno,
en querer murmurar del ojo ajeno?
¿En la viga del tuyo no reparas,
cuando tu condición no disimula
tus pajas a los ojos de la mula?

En dares ni tomares
con el ojo te metas, ni en barajas,
que es ojo que jamás se duerme en pajas,
y está tan delicado,
que sólo por las pajas se ha enojado.

Dicen que era bizueja,
yo no sé si por ciega, o si por vieja;
pero poniendo a luz del uno estanco,
tiró cerrando un ojo, y dio en el blanco.
Tomó en vez de tabaco cebadilla,
y llenose de humor la rabadilla,
y si de ella tomó cuanto ella pudo,
no es mucho que arrojase un estornudo.

En esta coyuntura
quiso dar a las damas confitura;

mas al veros, Liseno, tan escaso,
les dio la colocación conforme al paso;
y así vuestro vestido
quedó de pasamanos guarnecido,
y si no fueron de oro de martillo,
iguales en color por lo amarillo;
y con su humor pajizo,
al dar la mula, muladar os hizo;
antes que os guarneciera,
y este caso pasara y sucediera,
por algunos enojos
lo llevaba la mula entre los ojos.
Digo en el uno, que con llanto baña
a quien sirve la cola de pestaña;
más viéndolas tan bellas,
por no tomarlas de ojo, ni ofendellas,
tratándolas en esto como amigas,
higos le vino a dar en vez de higas;
que con gente de casa
todo se lleva, sufre y todo pasa;
que como es mula tonta y no distingue,
se le fue por el ojo un lapsus lingue,
y aunque es acción que rústica parece,
perdón la mula de este error merece.

III

A una dueña muy golosa.

Escucha dueña, ¡oh dueña de la gala!
el sincopado epílogo
de tus raras, si inmensas golosinas
a que tu ingenio inclinas
con tanta agilidad y sutileza,
que en esta facultad, por maña y arte,
eres protogolosa,
y cual Tulio en retórica famosa.
Por eso el vulgo te publica y llama
golosa de las nueve de la fama,
y antes de muchos años, por lo mismo,
archifénix serás del golosismo.

Tienes tanta destreza y tal cuidado,
por la larga costumbre,
en oler y engullir lo bien guardado,
que en la casa do estás y adonde vives,
en bodegas, cocinas y desvanes,
despensas, corredores y azoteas,
sótanos y rincones,
ni nacen sabandijas ni ratones;
que como no les dejas
en arcos, cofres, trojes, poyos, rejas,
armarios ni aposentos
migajas que comer, mueren hambrientos:
y por saber tus tratos,
ni acuden perros, ni te paran gatos,
pues con curiosa traza y sutil modo,
tú sola en su lugar sirves de todo.

No hay olla tan colérica y profunda
que no taladren, sonden y penetren
los alentados buzos de tus sopas;
ni plato tan villano
que franco, generoso y cortesano,
sin ser maestresala, ni copera,
no te dé de sus salvas la primera;
que en tu vivo apetito,
no priva más lo asado que lo frito;
y tanto te desvela
su voraz condición, que no hay cazuela,
relleno, ni gigote,
inglesas tortas, ni pastel en bote,
mondongo, manjar blanco, almondeguillas,
chorizos, salchichones y morcillas
y otros compuestos de invenciones varias,
que no te ofrezcan y te rindan parias;
que cuanto el gusto pródigo administra,
almojarife el tuyo lo registra,
como si por ventura o por derecho
hubieras sobre todo impuesto pecho,
o como si heredaras
no por lo transversal, por línea recta,
del glotón Epicuro
alguna renta o juro,
a cuya paga tenga hipotecado
toda su comezón cuanto hay guisado,
pues en caliente y frío

tienes jurisdicción y señorío.

Qué empanada tan monja en la clausura,
de quien celoso pico y cauto hierro
es el guarda y murallas de su encierro...

¿Quién humilde, obediente a la ganzúa
de tus curiosas mañas,
no te da lo mejor de sus entrañas?

¿Qué difunta conserva que en el fondo
de la redonda, estrecha y fatal caja
yace por avarienta sin mortaja,
y a quien el vientre de un borrado cofre
sirvió piadoso de funesta tumba,
a la fuerza eficaz de tu conjuro,
no hará resucitarla a todas horas
de tu boca de circe un exi foras?

¿Qué castaña en el fuego, purgatorio
de su dureza y faltas,
se ve penar saltando entre las llamas,
que el alma no le saques con la cuenta
que tienes de perdones?
¿Qué te aprovecha en tales ocasiones,
el llevarla después con premio injusto
a gozar de la gloria de tu gusto?

¿Qué torrezno fiambretó, qué buñuelo,
aunque le sirva de poyata el cielo,
de foso el mar y el cáucaso de muro,
de tu gran golosina está seguro?
Tus manos barcos y tus dedos remos,
llegaran de la China a los extremos
si confite, turrón, dátil o alcorza
fueran el oro y plata de sus minas:
¿Y que melón, presente de la mano
de vasallo hortelano,
que hermoso llega, entero y cariescrito,
si es su secretario tu apetito,
a la mesa de la sala
no sale refrendado de tu cala?

A ser tortilla el sol, rompiendo el aire
subieras con escala a su epiciclo;
y si la blanca luna con su aceite

fuera torta de aceite,
con el sacre veloz del pensamiento
le hubieras dado alcance en un momento,
y viniera a servir, sin duda alguna,
tu estómago de eclíptica a la luna;
y el boquirrubio Dios de cuarta esfera
dejara, si pudiera,
sin carroza la luna, el sol sin coche,
sin hacha el día y sin candil la noche.

Y si el Ártico Polo, aunque elevado,
fuera huevo estrellado,
ya por rumbo derecho
pasto de tu quijal lo hubieras hecho,
siendo en el golfo, navegando a puja,
tu boca el barco y tu nariz la aguja.

Formando al fin con arte tus deseos
artificiosa cabria y frágil grúa,
a ser pechuga de gallina o pavo,
dieras también asalto al Cielo octavo,
y a todas sus estrellas
si fuera de comer alguna de ellas.

IV

Un poeta llorando sus pecados poéticos.

En el oscuro centro de una cueva,
abierto poro de un gigante monte,
que también tienen poros los gigantes,
en lo más escondido
estaba un penitente arrepentido
en lágrimas deshecho,
con duros golpes madurando el pecho,
perdón pidiendo de su culpa grave,
al que todo lo sabe,
de haber sido en el suelo
escándalo a la gente, ingrato al cielo,
y por seguir un torpe barbarismo,
enemigo de Dios y de sí mismo.

Hincado de rodillas,
de lágrimas lucientes las mejillas,

que parecen vidriadas;
gangosas las narices de preñadas,
del modo que llevan comúnmente
bebedores gabachos
como luna menguante los mostachos;
y como el avariento, que el tesoro
halló a faltar del arca, haciendo extremos,
con una y otra mano
dando palmadas, pulsa el aire en vano,
y sin darle tormento,
confiesa al aire lo que escucha atento.

Perdonad, perdonad cielos piadosos,
los excesos y culpas detestables
de este incauto poeta
que un tiempo profesó la hambrienta secta
de estos perros versistas
de sus mismas locuras coronistas,
pues veis que fui tentado,
combatido, oprimido y engañado,
para doblar mi pena,
de algún demonio tentador con vena.

»Confieso, cielos, que las culpas mías
todas son herejías,
pues siendo cristiano bautizado
y creyendo por fe que hay uno sólo,
le dije al dios Apolo
ojo del cielo, intenso y carretero,
y unas veces cantor y otras lucero:
y subiendo de punto esta lisonja,
invocando su nombre le pedía
favor, aliento y guía,
llamándole celeste y sacro,
soberano y eterno,
cuando es sólo un pebete del infierno.

»Cuando el niño rapaz, desnudo y ciego,
siendo yo salamandra de su fuego,
al campo de mi pecho trasladaba
las flechas de su aljaba,
haciéndome su ardor que idolatrarse
y a una mujer por ídolo adorase,
añadiendo delitos a delitos,
la llamó cielo y diosa en mis escritos,
y a sus negros cabellos

(marañas de Mandinga) lazos bellos,
soberano tesoro,

bellos rayos del sol, madejas de oro.

»Los ojos, que sirvieron en su frente
de indivisibles puntos con dos comas;
y a su nariz, mayúscula de tildes,
llamé estrellas soberbias, siendo humildes;
y al color de su rostro entreverado
con ajeno jazmín, clavel hurtado,
émulo de la pez y el azabache
que estimé por joyante, siendo azache.
Mil veces en mi canto le decía
leche, aurora, cristal, candor del día,
y a sus manos, con guantes naturales,
diáfanos cristales;
y a sus dedos sutiles
por lo de hueso, cándidos marfiles,
y otras veces, de nieve intactas pellas
harta la ninfa de fregar con ellas;
con otros mil dislates de zafiros,
relámpagos y truenos de suspiros,
que escribía y cantaba ufano y hueco,
siendo todo mentira y embeleco.

»Pues qué, cuándo con sacros pensamientos
penetraba los vientos,
dándole caza al pájaro volante
de un culto y remontado consonante;
trabajo que sirviera a mi disculpa,
pues mil veces sudó de fatigada
mi dura vena sangre trasvenada,
y al fin, como si fueran delincuentes,
lo pagaban las uñas a los dientes,
pudiendo su virtud ser de provecho
al mal de corazón de más de un pecho;
castigando en las uñas de mis dedos
las que un maldito consonante tiene
cuando huye, se esconde o se detiene,
que ya como en los versos más perfectos
son sólo las palabras los conceptos,
hay consonantes críticos con uñas,
que al verso alguna vez sirven de cuñas.

»Mas ¡ay! que se bajaba mi conciencia

por ignorancia o crasa inadvertencia
en el ancho rincón de su gaybola,
un pecado con cola,
(quiero decir con cargo)
de mil restituciones, sin embargo
de hurtos, que mi musa a escala vista
un tiempo cometió caquiversista
preciándose de ser copilandrona;
y pues no se perdona
el cometido hurto ni la ofensa
si no se restituye y recompensa,
confieso que en algunas ocasiones
en décimas, octavas y canciones,
estilo, modo, frase y pensamientos
cometí en la ciudad mil salteamientos:
ya con la aguda punta y sutil púa
de mi pluma ganzúa
descerrajaba el arca
de los ricos conceptos del Petrarca;
ya con mano de gato
sangraba los del oro del Torcato;
ya dando en los florines
de mil cultos ingenios florentines;
ya por gongorizar, en la maleta
del cordobés poeta
metí las uñas, y en las soledades
acometí mil hurtos y maldades,
dándoles a la broza
de mis versos esmaltes de Mendoza;
y ya en la fértil Vega
con traidor acechanza y fe gallega,
de mil rimas balijas
saqué doblones y robé sortijas:
ya poniendo la mira
en otra, cuyo acierto el mundo admira,
ya por autorizar mi voz de grillo,
audaz puse la mano en un carrillo,
usurpando el candor al mejor cisne,
por cubrir de mi musa el negro tizne.

Mas ¡ay, triste de mí!, que cuando quiera
hacer restitución justa y entera,
y aquello que no es mío restituyo
y doy a cada poeta lo que es suyo,
me quedo sin caudal, pobre y vacío
sin que pueda decir que un verso es mío.

Y si la inmensa suma
de mis versos me quitan pluma a pluma,
y sin ninguna la razón me deja,
un retrato seré de la corneja.
Pero es mejor, con alma arrepentida,
perder la ropa, y por salvar la vida
más vale desnudarse,
que vestido y calzado condenarse.

V

A una vieja que dijo tenía dentera de comer limón.

Vigésima segunda,
más que la necedad en desposorios,
armario de avalorios,
traga siglos, tarasca de los años,
que más que el tiempo ofreces desengaños.
Perspectiva de todas las edades,
¿por qué nos persuades
con melindres de niña,
a llamarte majuelo, si eres viña,
y cubres, como cauta comadreja,
los enfadosos títulos de vieja,
diciendo a los muchachos
y a tus caducas canas lisonjera,
que de comer limón tienes dentera?

Díme, vivo esqueleto,
hueso con alma y vida, ¿en qué sujeto
el agrio penetrante
pudo causar efecto semejante,
si a la vecina muela
y forastero diente,
a quien ese accidente
de derecho le toca,
no vive ya en el barrio de tu boca?
¿Qué gatillos arpías
hicieron ratoneras tus encías,
cuyos muros apenas
muestran rayo o señal de sus almenas,
diciendo, muda y vuelta en claraboya
tu despoblada boca: ¡Aquí fue Troya!

De tu boca el sonoro clavicordio
o el órgano sutil de tu garganta,
sacamuelas los años que pasaron
las teclas le quitaron;
y su dulce sonora melodía
no tiene claro el son, como solía,
y perdidos sus trastes,
no queda ni aun señal de sus engastes.

De tu voz el sonido, aún en cautelas,
nos descubre la falta de las muelas
y que embustera mientes,
pues no hay dentera en boca que no hay dientes.
Y si esto es tan verdad, no pudo loca
ser en tu niña boca
con que chupas y mamas
dentera aquella, que dentera llamas.

Si el bizcocho y tu boca, en su consorcio
tienen hecho divorcio,
y en ella misma engendras
tanto aborrecimiento a las almendras;
y si has puesto entredicho,
según tú misma has dicho
con graves maldiciones,
entre tu tierna boca y los piñones;
y tan dulces y fáciles empresas
teme tu boca, por faltarle presas,
no es posible que osada se atreviese
por tan poco interese
contra el limón valiente,
quien no pudo mostrarle un solo diente:
y cuando se atreviera audaz y ufana
a tan fuerte enemigo, cosa es llana
que tu boca no tiene
en quien su furia fuerte agravio estrene,
ni muela en que el limón dentera deje,
ni diente que lo sienta y de él se queje.

VI

A un poeta de Villancicos y muy devoto de monjas.

Licenciado Monjorum,
molde de Villancicos,

alfeñique con voz y con sombrero,
niña del ojo tuerto
del caballo Pegaso,

motilón del Parnaso;
tú, que treinta mañanas
haciéndote poeta caravanas,
saliste con el alba entre las coles,
buscando caracoles
para hacer a las musas un regalo;
poeta zampapalo,
¿cohecharlas querías
con estas niñerías,
porque te diese su deidad divina
una gran medecina
de duros consonantes para olla?
¡Oh desdichada cholla!
que una vez que quisiste
y una décima hiciste,
porque te descuidaste
doce versos me dicen que la echaste.
Décima concorviato
la llama todo el pueblo;
mas yo, por cosa rara,
duodécima, hermano, la llamara.

Con don de villancicos,
me dijo un sastre que naciste al mundo,
poeta rubicundo:
de Hisopo en blanco se arme todo hombre
en oyendo tu nombre:
abrenuncio letrillas digan todos,
pues tanto este pasión contigo puede,
que a un difunto, le hiciste un villancillo
con un Kirieleysón por estribillo.

Otro le compusiste a un monumento;
a la mujer Verónica
tampoco no perdonas.
Poeta escribe monas,
¿a mí no me harás otro?

¡Oh tú, ingenio el más potro
que el prado ha visto en la rocinería;
domine chirimía,
tipligaznate entre dulzaina y pito

que en voz fileteada
hablas taza penada,
conviértete a tu Dios, llora el pecado
de haber villancicado;
guárdate, que se quejan
las letanías de tus malos versos,
porque en ellos sus santos martirizas.
Pascual, Antón y Gil te la han jurado.
Recógete a sagrado,
métete monja, pues devota eres;
te llamaremos Sor Fulana Pérez;
y cuando estés con mucha compostura
de novicio en figura,
cualquier que te verá,
cingulum puritatis te dirá.
Locutorio perpetuo te han creído,
y tan eterno asistes,
que te llama la gente
licenciado continuo comúnmente,
lanzadera de todo Monasterio.
Con visitas continas,
de andadera de monjas te examinas.

VII

A una vieja muy fea, que pedía la dijesen los Evangelios para el mal de ojo.

¿A quién no ha de hacer risa,
cuando mirare, Antandra, tu figura,
si sabe tu locura?
¿Por qué siendo tu cara la más fea
de cuantas ciñe el sol con su correa,
haces que el vulgo note
que no hay clérigo, fraile o sacerdote
(en la iglesia, visita, plaza o calle)
que no llegues solícita a rogalle,
te santigüe y bendiga
y el Evangelio de san Juan lo diga?
¿Es tal vez porque el ciego, manco o cojo,
cuando te miren, no te tomen de ojo?

Engaños de tu cara
te tienen de esta suerte;
resucitada muerte

eres, y juzgas que no hay cosa
más bella y más hermosa
que tu cara de Gimia.
Falso chanflón de alquimia,
moneda de Mahoma
que no pasa en la carne, ni se toma;
con dos ojos mal hechos y malvados,
traviesos y encontrados,
que por haber reñido,
cada cual en su casa está escondido;
y al pie de una nariz semitrompeta,
tu grande boca de tocar corneta.
¿Pues qué mal de ojo habrá, sino el del cura,
que tome de ojo tan feroz figura,
si tu rostro jarifo
puede desvanecer de hermoso a un grifo?

Sin duda que tú misma te has tomado
del ojo que otros ojos te han negado
mirándote al espejo,
que al ver en su cristal tan mal bosquejo,
alterado y corrido
de que en su tersa luna esté esculpido
tu retrato demonio,
levantándote un falso testimonio,
con muda lengua, con cerrado labio,
en ti venga su agravio
dibujando tu máscara espantosa
con araños de hermosa,
dándote sus reflejos
un falso cerca, bueno para lejos.
Y tú, engañada, con tu vista esponja
bebes esta lisonja;
y adorándote idolatra en tu engaño,
temiendo efectos de futuro daño,
humanos desatinos
quieres curar con médicos divinos;
y proponiendo falsos silogismos,
te tomas de ojo con tus ojos mismos
que, de ponzoña llenos,
atribuyen su daño a los ajenos.

¿Qué ponzoña hay tan rara
de quien la de tu cara
pueda ser ofendida,
si en ella otra mayor está escondida?

¿Qué ojos de envidioso,
de zurdo o de mulato,
como son los del gato,
los de un tuerto o bermejo,
con ira y sobrecejo
o de suegra feroz cuando se altera
contra una pobre nuera,
con cólera y enojo
a tu cara alacrán no tomen de ojo,
aunque te miren los de algún poeta
de la crítica seta?
No hay prosa, culto verso, dulce estilo
que descubra, columbre, mire o vea,
aunque el compuesto sea
parto de pluma amiga,
que no lo infame, gaste y atosiga,
pues en tu cara, estoque de la muerte,
infunde en quien la mira otro más fuerte.

Si temerosa de futuro daño,
llevada de tu engaño,
ansiosa solícitas
oraciones benditas,
del ojo más traidor y mal futuro,
Antandra, te aseguro:
porque cuando el mal ojo y más nocivo,
rayos de fuego vivo
derechamente contra ti despacha,
tú te sirves de higa aunque te empacha,
y el trasgo gesto, que por cara empuñas,
vellosa mano de tejón con uñas,
es una vista de espantoso extremo,
que puede quebrar el ojo a Polifemo.
En fin, convierte Antandra a la hermosura,
para que estés segura
del ojo más perverso;
y de tus mismos ojos no receles
y al bruñido cristal no te rebeles
que, falso y lisonjero,
te finge burlador que eres lucero,
con lo cual provoca
a que, crédula y loca,
por hermosa te estimes
y con tus mismos ojos te lastimes,
que como son de pulga,
su misma vanidad los descomulga.

VIII

A un hombre pequeño de cuerpo, corcovado y con grandes narices, que hizo esta copla.

Constanza, si eres constante,
triunfando, como lo haces,
de las efes, satisfaces
a todo gusto de amante.

Un bolillo flamenco, mucho he dicho;
la sutileza del mayor capricho;
el que parece, pero no parece,
ni a la vista se ofrece;
una tilde que tiene
por nariz una ene
tal, que amaine el crecer le pide y ruega,
porque se pasa a oler a la Noruega;
un miquillo con maza de narices,
de quien las de Nasón son aprendices;
átomo con verruga en las espaldas,
que lleva largas faldas.

Ésta, pues, animada
partícula del nada
de un ser que nunca ha sido añadidura
invisible figura,
con perdón de los malos de la secta
por su desgracia se metió a poeta;
y a Constanza, deidad hermosa y bella,
a quien codicia el cielo para estrella,
cuando su flaca musa le dictaba,
de las efes la dijo que triunfaba.
Dime, Sancho sin panza,
¿en qué frisan las efes con Constanza?
Si yo Francisca fuera,
y de Constanza la beldad tuviera,
por fénix española
tuviera con razón una efe sola;
pero con pensamientos tan perversos
las efes se cumplieron en tus versos,
y tu copla me acusa
que os llamasteis Francisca tú y tu musa.

Y así quiere la gente
que efeta te llamemos comúnmente.

IX

A una dama habladora que se sangró de la lengua.

No anduvo, Antandra, el médico discreto
al tiempo que sangraros
de la lengua mandó para curaros,
porque aumentó la causa y el efecto
de vuestra enfermedad mal entendida,
si bien de todo el mundo conocida;
pues al verse la lengua descargada,
de aquel pasado humor más alentada,
si primero corrió tan bachillera,
ahora más veloz por más ligera;
y como en larga arenga
caballo discurrís, con tal capricho
que no hay freno os detenga,
con gran donaire de la vuestra ha dicho,
otra lengua discreta,
que os sirvió de acicate la lanceta,
y os sirve desde el día
que os dieron la sangría,
pues vuestra boca para hablar tan poca,
es para hablar con dos de nueva boca.

Batalla fue aplazada,
según que se barrunta,
de lanceta a lanceta y punta a punta;
pero sacó el encuentro
un diluvio retórico en el centro
el verter vencedora, aunque rendida,
un Ganges de palabras por la herida.

En el hablar robusto
que con melindre afeitas,
(almíbar de tu gusto)
tanto cultimeliflua te deleitas,
que teniendo por mengua
hablar sólo una lengua,
solícita pretendes
diversas extranjeras que no entiendes;

y ante los ojos llevo
que has de venir a ser un Babel nuevo
tan discorde y confuso,
por la costumbre y uso
en que ahora se ensaya
tan lenguaz instrumento
de los aires batán, penca del viento,
que a pocos lances que haya
entre la turbamulta
de tanta confusión y lengua culta,
tan intrincado cisma
habrá que no lo entiendas, ni aún tú misma:
Y porque los efectos
de tanta parlería
en tu lengua se viesen más perfectos,
para poder te diste esta sangría,
(procurando mayores),
conceptos evacuar en vez de humores.

Mil doctores rellenos
de críticos galenos,
tienen gran diferencia
sobre el parlante humor de tu dolencia.
Unos dicen que fueron
parleros accidentes que te dieron
otros, que erisipela
condenada por mala,
que de tus cascos a tu lengua apela,
como pleito inmortal para otra sala;
otro, que perlesía;
otro, que vaniloca apoplejía;
general henchimiento
de lo que da la lengua y lleva el viento.
Mas el doctor Fulgencio,
que oyó la medicina de Inocencio,
teniéndolo estudiado,
dijo, más alentado,
que opilación o hidrópico torrente
de reventar hablando eternamente,
y que ha sido, el sangrarte,
de tan sensible miembro y tierna parte
rasgar las cataratas del silencio,
multiplicando puertas
por donde más parlante y libre viertas
cuando los labios abras,
un general diluvio de palabras.

¡Dichoso el que te escucha,
porque en verdad que su paciencia es mucha
pues cuando el juego entablas,
dos bocas solas son por donde hablas.
Y desdichado fuera
aquel que te asistiera,
si tus males duraran
y quince o veinte veces te sangraran;
porque yendo sangrando,
bocas creciendo, lenguas aumentando,
dando tormento eterno,
un capelino fueras del infierno.

X

A una dama muy flaca, que siempre juraba por el alma que tengo en estas carnes.

Quien oye tu ordinario juramento,
y ve después, Dinarda, tu figura,
riendo socarrón, audaz murmura:
«¿Por qué siendo tu cuerpo un puro hueso,
jurando dices en cualquier suceso:
'Por el alma que tengo en estas carnes'?»
¿En qué carnes, Dinarda,
tu siempre ebúrneo cuerpo el alma aguarda,
si son las carnes solas
cárceles de las almas y gaibolas?
Pues si tú no la tienes,
a estar sin carnes y sin alma vienes.
Y así en lo que procuras
acreditar jurando, te perjuras;
mas como estás sin alma y descarnada,
jurando por los dos, no juras nada.

Son tus brazos dos leznas,
tus dedos diez punzones,
sensibles espetones;
y en vez de carnes tiernas,
dos duras almaradas tus dos piernas
de marfil pungitivo,
y al fin todo tu cuerpo un hueso vivo;
de suerte que, desnuda,
pareces alabarda o pica aguda;

Eva con solo el fuste, que al cubrilla
faltó la carne, y se quedó costilla.

¿Y si esto es verdad, dónde,
en qué peto se esconde,
y qué carne comprende
esa tu alma duende?
Sin duda en tus canillas
o en la concavidad de tus costillas.
Tienes el alma en cerro
hecha un vivo badajo de un cencerro;
como la ninfa convertida en ecos,
vive tu alma entre los huesos huecos.

Cuando con tu marido te casaste,
toda la dote en huesos te llevaste,
recibiéndote, pobre y sin dineros,
no en carnes vivas, sino hueso en cueros;
y a todos es notorio
que saliste en estatua al desposorio;
que por tal te tenía
la gente que acudía
a ver desde Segovia
una mujer de hueso, estatua y novia;
pues con discreto aviso
tu cuerdo y casto esposo así te quiso
para hacer penitencia
sobre ciertos descargos de conciencia.

Quien a ti te pasea enamorado,
no puede ser de carne aficionado,
porque lo hace de honesto,
por no pecar contigo contra el sexto;
y con vicio distinto
tú pecas contra el quinto,
pues siempre que lo tratas,
con tus huesos lo hieres y maltratas,
por ser tu cuerpo, para no cansarme,
quintal de huesos y de carne adarme;
y para ser palacio
de un alma melindrosa corto espacio.

Tu nevada perrilla guedejuda,
juguetona y aguda,
que llamas esmeralda,
no se llega a tu falda,

porque la vez que llega,
si descuidada de su vida encoges
esas tus piernas bojes,
o las alargas, tiendes o relajás,
con sus cortantes filos haces rajás:
y si llega a morderte,
en su misma venganza está su muerte,
y gimiendo se queja,
porque en tus piernas deja,
como más duras, fuertes y valientes,
la mitad de sus muelas y sus dientes.

Ya, Dinarda, tus huesos semibrujos
viven como cartujos,
pues sobre su dureza y gonces flojos
no han visto carne los humanos ojos.
Y viendo que a sus tabas se le niega
(a quien sirve el pellejo de ralega)
el más escrupuloso y buen cristiano
(no enfermo, sino sano),
dice el doctor Ledesma
que te puede comer en la Cuaresma,
y pudiera Holofernes
comerte por espárrago los viernes;
y si no fuera gula,
lo mismo hiciera un cura inglés sin bula.

Al fin, por esta causa y mil que deajo,
Dinarda, te aconsejo
(porque de esta verdad en que me fundo
para decir al mundo
de tu carne la mengua,
cada trebejo de tu cuerpo es lengua)
que siempre que enojada,
furiosa amenazares tu criada
mudes el juramento en otro, y digas
hasta cuando maldigas
de tu ira en los excesos,
«¡por el alma que tengo en estos huesos!».

XI

Retrata un galán a una mulata su dama.

Hoy hace justo un año, y cinco meses,
dos semanas, tres días y diez horas,
menos quince minutos
que mis ojos enjutos
un punto no se han visto, ninfa honrada.
Perdóname lo honrada, si te enfada,
y lo ninfa también, que es vulgar cosa
decir luego un poeta, ninfa hermosa
a la dama que alaba; y no querría
enfadar a la mía
con estos epítetos,
muletas de los versos y conceptos.

Digo, volviendo al caso, que ha dos lustros
de días, que son diez, que voy buscando
un nombre dulce y blando
que con el tuyo frise,
como con el de Inés frisa el de Nise,
con Isabel Belisa,
con Francisca Fenisa.
En el alma me pesa
que te llames Teresa,
porque dando una vuelta al Calepino,
enfadoso, colérico y mohíno,
no he encontrado en el volumen suyo
nombre que venga con el nombre tuyo.
Pero mi amor, mi ingenio y mi codicia
hallaron en Teresa el de Tiricia,
y con voz más lozana,
también a Tertuliana:
escoge de los dos, y si el primero
te parece mejor y más entero,
por escogerlo tú, tengo por llano
que lo tendrá por bien el Tertuliano.

Sabrás, dulce Tiricia de mi vida...
pero eres mi homicida,
y es mejor el llamarte, aunque es más fuerte,
cruel Tertuliana de mi muerte,
que el Dios ciego, rapaz o niño tuerto,
por ti me tiene muerto:
pero no digo bien, cuando estoy vivo
y hablándote y quejándome te escribo,
pues es muy llano y cierto,
que no habla ni escribe el que está muerto;
y es caso peligroso

que me tengas, mi bien, por mentiroso.

Digo, pues, que me abraso y me consumo,
pues me sale del alma al rostro el humo,
y mi cara morena,
es claro indicio que en tu fuego pena:
mas temo que este fuego,
al punto has de decir que es burla, y ciego;
porque si es tu belleza quien lo atiza,
ya me hubiera su ardor vuelto en ceniza,
y que, para creella,
no has visto de mi llama una centella,
y las flechas de amor, del alma avispa,
siempre que encienden fuego arrojan chispas.
Humilde al fin te quiero,
más que Leandro a Ero,
si bien con algo menos de provecho,
pues no he pasado mar, ni visto estrecho;
y en cosa tan notoria,
es de amante novel picar historia.

Aquí dijera ahora
que tu galán te adora;
mas callo, porque temo
castigos de blasfemo;
y requiebros que huelen a gentiles,
son de amores plebeyos y civiles;
y yo, aunque poco valgo,
te estimo y quiero con amor hidalgo,
sin pecar con desvelos
la moneda forera de los celos.

Suele un amante, que de veras ama,
ablandar a su dama
cuando está rigurosa,
con lisonjas de hermosa,
retratando su rostro en breve suma
con ingenio pintor y pincel pluma;
y después, cotejada la pintura
con la viva hermosura,
le parece el retrato
como a Zorobabel Poncio Pitato:
pero yo sin lisonja,
que parezca poeta, o huelga a monja,
quiero pintar al vivo

tu cara o rostro, de belleza archivo.
Podrá ser que te ablandes,
bello lienzo de Flandes
o serafín murciano,
viéndote retratada de la mano
de tu galán Apeles;
y si sigues tan dura como sueles,
diré que he retratado
de Daphne el cuerpo de corteza armado.

Comienzo a lo usual, por los cabellos
que son del mismo Sol los rayos bellos;
mas no vienen tus hebras con sus rayos,
porque ellas son morcillas y ellos vayos.
Y si digo que son madejas de oro,
a mí y a su beldad pierdo el decoro,
pues habrá quien me tache
de que vendo por oro el azabache;
y fabricar mentiras semejantes,
más es de mercaderes que de amantes.

Digo, pues, que tu moño y tus guedejas,
que llamamos madejas
cortezanos discretos,
son muchos pelos prietos
que tu mano adereza
y están asidos siempre a tu cabeza,
entre cuyas sortijas
suelen criarse algunas sabandijas,
de que es, porque su casta allí no reine,
conde de su expulsión el boj de un peine.

Leche, cielo, cristal y nieve ardiente
dijera que es tu frente
mas no habrá quien lo crea,
cuando en tu frente vea
aquesta tez bastarda,
poco menos que negra y más que parda;
y porque algún curioso si te mira,
no me halle en mentira,
digo que es tu color leche entintada,
hollín nevado y nieve azabachada;
un cielo a media noche
cuando está de la luna ausente el coche,
con una infinidad de pecas bellas,
que en mulato cristal sirven de estrellas.

Dos arcos son tus cejas de Cupido,
con que a tus pies rendido
tiene al cuerdo y al loco;
y si este nombre es poco,
son dos arcos, que al suelo
muestra las nubes cuando llueve el cielo;
son dos arcos triunfales
y dos arcos turquescos;
mas estos epítetos no son frescos,
porque tienen más años
que yerros un doctor y un sastre engaños.

Y si bien se me acuerda,
el arco de Cupido está con cuerda,
y para disparar virotos suyos
no la tienen los tuyos,
y del arco del cielo, dirá alguno,
que los tuyos son dos y el otro es uno.
Dejemos falsedades
y digamos verdades:
tus negras cejas son por un estilo
de cerdas o de hilo
mal teñidos dos fluecos,
unas veces mojados y otras secos,
del agua que sudando es fuerza exprima
la frente que está encima;
mordaces tenacillas
son hoces y corbillas,
y alegre o con enojos,
sirven de guardapolvo a tus dos ojos.

Llamarelos estrellas rutilantes,
a las del mismo cielo semejantes.
¿Mas qué tienen que ver ojos y estrellas
si ellos son negros y doradas ellas?
Y aún cuando los llamara
del firmamento oscuro de tu cara
lucaros zahareños,
también para luceros son pequeños;
y si, por menos bajo,
ahora les encajo
el título de soles,
son tramoyas de cisnes españoles,
que siempre que celebran
bellezas que requiebran,

les parece alabanza humilde y baja
si no hurtan al cielo alguna alhaja.
Mas yo, que por lo ronco y por el tizne
tengo poco de cisne,
diré que son las luces de tu frente
(si ella misma no miente)
dos enlutados ojos con dos niñas,
de quien son cuatro párpados basquiñas,
que con travieso estilo
al sesgo miran siempre y nunca al hilo.
Que de sus tiernas guardas,
son las pestañas picas o alabardas,
hermosos pasadizos de la vista
que puso el celestial y eterno artista
en monjas, frailes, clérigos y legos,
para mirar y ver, si no son ciegos.

Cañón de plata o zona que divide
estas esferas y lucientes globos:
eso musa a los bobos.
¿Qué esfera, ni qué globos, ni qué anteojos,
si acabáis de decir que son dos ojos?
Volved a la nariz: cañón de plata
dijera que es la tuya, hermosa ingrata;
mas no se compadece
decir que es plata, si vellón parece;
llamárala almendruco,
como cualquier poeta mameluco.

Tu nariz es, murciana Melisendra,
muy grande para almendra;
y si este es desatino,
vendamos pan por pan, vino por vino.
Digo, que es tu nariz un corvo caño,
unas veces de alambre, otras de estaño,
al que sueles en breve
poner a su nogal fundas de nieve,
pues sus caños de enebro
purgan las inmundicias del cerebro.

De tus rojas y cándidas mejillas
dijera maravillas,
llamáralas auroras,
mas no están de una suerte a todas horas,
que si en la madrugada
sale la aurora blanca y encarnada,

tus mejillas descubren
el ébano que encubren,
porque en ellas el ébano es postizo,
y la grana y jazmín prestado hechizo.
A no ser que quisieras
que las llamara eternas primaveras,
claveles deshojados
sobra campos nevados,
o en mosquetas hermosas
entreveradas rosas,
sangre vertida en leche,
o aquel nuevo y ridículo escabeche
de cristal y de grana....
Mas toda es jarcia vana
que ahora razonan y cantaron antes
poetas mendigantes,
fantásticos pintores,
juntando tintas y mezclando flores.
Mas no quiere mi amor hacerte ofrenda
del color que se halla en cualquier tienda,
ni de flores, despojos de la mano
de cualquier hortelano,
que brotó la maceta
del tierno casco de cualquier poeta.

Son tus mejillas dos nevados pomos,
que algunos llaman romos,
cuyo color butillo
quiere matrimoniar con lo amarillo;
y para disfrazar su taracea
de contraria librea,
viste tu mano franca
un negro bombasi de tela blanca,
que un tejedor mortero
urdió y tejió primero,
mezclando, y no de balde,
con pelo, solimán, trama, albayalde;
poniendo con cautela
sobre la blanca tela,
dos rosas encarnadas
del papel trasladadas,
sellada provisión que un dedo cita,
dada en Granada y en Guadix escrita;
con lo que queda el rostro ufano y hueco
con su mismo embeleco,
de ver, cuando al cristal su imagen miras,

cubierta una verdad con dos mentiras.

Solo ahora me toca,
bella Tiricia, dibujar tu boca:
son tus hermosos labios,
del más fino rubí dulces agravios;
rojo clavel partido,
breve listón de nácar dividido;
animados corales
de dos sartas de perlas orientales;
o de diamantes puros,
con bella proporción dos bellos muros;
pero estas herejías
alabanzas no son, sino ironías
que al pecho más extraño
inclinan, y enternecen con su engaño,
que por ley que promulga,
la vulgar opinión las descomulga;
y yo, como poeta bautizado,
no quiero estar por esto excomulgado,
y pues estas son burlas lisonjeras,
volvamos a las veras.

Tus labios son dos labios solamente,
y una tu boca, o puente;
del pan, del agua, de la voz y aliento,
sonoroso instrumento,
cuya color impresa
es madroño una vez, otra camueso,
según los bruñe y pinta
el sangriento brasil resuelto en tinta.
Muros de tierna carne, y no de yeso
de ocho dientes de hueso
y otros cuatro colmillos,
ya blancos, ya amarillos,
y veinte muelas que tu boca esmaltan,
menos las que te saltan,
con que, sin que pesar de hacerlo tomes,
muerdes, mascas y comes,
hablas, alientas, cantas y suspiras
y la saliva tiras,
escupes, y en mil modos
pides zagaz a todos,
y alegre «si» pronuncias
si te promete alguno el bien que anuncias,
y rebelde, sin gusto y con despego,

me respondes un no, cuando te ruego.

Dejo la barba y cuello,
brazos, manos y pecho hermoso y bello
(del vello que lo tapa,
que a tu morena piel es felpa y capa)
porque no piense y crea,
cuando estos versos lea
el malicioso y rudo,
que voy aderezando algún menudo.

Este es, ingrata ninfa, tu traslado,
sacado, corregido y concertado
con el original de tu persona.
Las faltas me perdona,
que por ellas remito
al vivo original todo lo escrito:
ablándate, pues quiero
ese animado acero;
muéstrate a tu galán menos ingrata;
mira que si me mata
tu desdén excesivo,
estando muerto, no has de verme vivo;
y mientras fuera vivo, ten por cierto
que he de quererte y no has de verme muerto.